

## REFORMA SIGLO XXI

# EL CHATO

■ ■ Eugenio del Hoyo Briones\*

**A**ntes de las 7 de la mañana, con el frío calando hasta los huesos, ya estaban a un costado del Jardín de Villarreal, el Güero Don José y su ayudante Juan, preparando al Chato, un camión de la post guerra de la línea Transportes de Tepechitlán S. de R. L. Subían huacales, costales y bultos a la parrilla que se encontraba sobre el techo. Nunca faltaban algunas gallinas amarradas de las patas y de vez en cuando algún borrego y hasta chivos.

Dos días antes, mi abuelito me había dicho que me llevaría a conocer Monte Escobedo, la sierra y su rancho "La Providencia". Preparó su veliz incluyendo una linterna de baterías y un estuche de cuero con los binoculares, de los que usaban los militares en la Segunda Guerra Mundial. Mi mamá me ayudó a preparar el mío. Me aseguré de meter un saquito de canicas, el balero y el trompo encordado.

El mero día salimos de la casa con nuestros velices. Mi abuelito llevaba al cinto su escuadra 0.25 y en la mano su Flover Winchester 0.22, ambas armas enfundadas en fuertes y bien cocidas fundas de cuero bellamente piteado, obra de los talabarteros de Colotlán o tal vez de Tlaltenango. La funda de la pequeña escuadra tenía un compartimento para un cargador extra.

Caminando nos dirigimos a Villarreal. Al pasar frente a la Casa de la Condesa, un señor de traje y sombrero nos detuvo para saludar, "Don Miguel, buenos días le dé Dios, no me diga que lleva a su nieto al Monte" "A Monte Escobedo, don Pancho, ¡Monte Escobedo!" "¿De quién es hijo el escuincle?" "De Celia, don Pancho. Que tenga buen día. Vamos apurados para que no nos deje el Güero". Tocando el ala de sus sombreros a manera de saludo, se despidieron.

Cruzamos Villarreal en diagonal hacia el centro del jardín donde se encuentra el monumento al Ángel de la Independencia. En una de las bancas lo saludaron otros señores y luego cruzamos directo a la terminal de los Tepechitlán. Fuimos muy bien recibidos y sin preguntar, mi abuelito abordó el autobús, se sentó en el lugar detrás del chofer y a mí me pidió sentarme en un asiento solo, como si fuera el copiloto. Entre el chofer y yo únicamente estaba la tapa del motor que sobresalía del piso como gran joroba. Me dio el rifle para ponerlo entre mi asiento y la ventanilla; él subió los velices a la parrilla sobre su cabeza.



A medio día

\*Zacatecano por nacimiento, regiomontano de toda la vida. Ingeniero de profesión, Maestro en Administración, Doctorando en Educación. Ex Director General en ARTE A.C., Ex Rector UANE Monterrey, Profesor en ICAMI, radioaficionado, excursionista, miembro de FMRE A.C. y Scouts de México, coleccionista, esposo, padre y abuelo.

Mientras tanto, subía la gente. Señoras con rebozo, canasta y niños. Señores ensombrerados con morral y bolsas de ixtle de colores, casi todos con pantalón de mezclilla de los de gran pechera, nuevecitos, seguro recién comprados en la Fortaleza B29 en contra esquina de Catedral. La tienda propiedad de mi Tío Higinio Escobedo Cabral. Tenía dos grandes portones a la avenida, un gran mostrador con varias dependientas, trastienda con anaqueles llenos de pantalones, y en la parte de atrás de la casona alrededor de un patio, estaban los cuartos donde cortadores y costureras fabricaban esa dura y resistente ropa, propia de mineros y campesinos, de nadie más, contimemos de las familias decentes.

Poco a poco el Chato se fue llenando, al grado que unos muchachos tuvieron que sentarse en el suelo del pasillo. Don José conectó el interruptor eléctrico, jaló el botón del ahogador y descendió del vehículo con la manivela de arranque en su mano. La introdujo por un orificio al frente del camión y, con un violento giro, encendió el ruidoso motor. Había que esperar para calentarlo. Tomó posesión de su asiento. Mientras tanto, él se entretenía platicando por su ventanilla con algunas muchachas paradas en la banqueta. Juan terminó de subir tiliches a la parrilla sobre el techo y asegurarlos muy bien con algunas sogas exprofeso, bajó y entró al camión. Don José preguntó si faltaba alguien o algo más y al obtener respuesta negativa, se despidió de las muchachas, cerró su ventanilla, quitó el freno de mano, piso el embrague y metió primera al grito de “¡VÁMONOS!”.

El pesado camión empezó a subir lentamente por el callejón en aquel entonces empedrado, hasta llegar a la González Ortega. Volteó a la izquierda, subió hasta El Caballito, cruzó Los Arcos y continuó subiendo hasta llegar a la cima y allí dio vuelta a la derecha. Pasó frente a “Gualupito” para continuar por la carretera Panamericana. Salimos de Zacatecas.

Eran curva tras curva. Hubo gente mareada. Luego de pasar junto a la Mina del Bote, el camino se enderezó y al llegar al entronque a Jerez, dejamos la Panamericana. Pasamos por Cieneguita, Machines, El Fuerte y paramos en el entronque a Malpaso a bajar pasajeros cuyo destino era esa antigua ex hacienda.

Mientras Juan les bajaba sus bultos y huacales, algunos entramos a las Tortas de Malpaso. Un cuarto muy oscuro con techo de vigas desgastadas,

paredes ahumadas y agradable olor de fritanga, para saborear en pan francés el famoso chorizo de ese lugar. Don Nicasio Villa, padre de don Edilberto, el octogenario dueño actual, había comprado en poco o casi nada el negocio al español Manuel Llamas, su primer propietario y para quien Nicasio trabajaba. Con un filoso cuchillo, que afilaba frecuentemente en una gran chaira, abría el bolillo, sacaba un poco de migajón, lo bañaba con aceite del cazo donde freía el chorizo y le colocaba dos bolitas. Lo semienvolvía en papel de estraza de manera que sujetaras la mitad de la torta con el papel y le mordieras por el lado contrario. Y a degustar la deliciosa torta sobre el tosco mostrador de madera maciza, acompañándola de unos picantes chiles serranos curtidos en vinagre y de un refresco sabor naranja Pep o un Del Valle de toronja o Pepsi Cola o Chaparrita. Yo preferí un delicioso y refrescante Grapette.

La necesidad me obligó a ir al baño. ¡Conocí los escusados de pozo! Y otro uso del papel periódico. De vuelta en carretera, con algo de modorra, llegamos a divisar “La Coqueta Villa” de Jerez (1), justo cuando pasamos junto al Cerro de la Campana, otra hora conocido como El Montesillo y el ranchito Las Huertas propiedad del Tatarabuelo don Arcadio Cabrera Escobedo. Su hijo, mi bisabuelo don José Cabrera Acuña, en invierno mandaba peones a colocar hileras de pencas de maguey, las llenaban de agua y cuando después de una madrugada muy fría quedaban los tejos de hielo, los acomodaban en pozos profundos por capas separadas con paja de trigo. Los tapaban con una gruesa capa de tierra y para las fiestas de abril y los calores de mayo las iban sacando y las vendían a don Teódulo que hacía helados almendrados, quien los despachaba en conos o en copas, para deleite de los paseantes del jardín.

Entramos cruzando el puente del río hasta llegar al Jardín. Allí se detuvo don José frente al hotel para bajar y subir pasaje. Mi abuelito se bajó, me dijo “no te muevas” y al Güero le dijo “por favor me recoge más allá del Colegio de Niñas”. Se alejó por la banqueta saludando gente. Yo me quedé medio entumido de miedo. Más me asusté cuando subió don José e inició la marcha. Le pregunté angustiado: “¿y mi abuelito?” Y él con su voz pausada respondió: “A don Miguel lo subiremos más adelante”.

Pasamos el Santuario y la calle del Ciprés y casi llegando a la casa de mis tías las Félix, Josefina

y María de la Luz, hijas de don Salvador Félix y Herminia Cabrera, allí estaba don Miguel Briones. ¡El alma me volvió al cuerpo!

Esos lugares los identifiqué años después cuando íbamos a días de campo al Río de Jerez y a visitar a mis tías las Félix. Allí me montaba a cabalgar en la enorme tortuga de carey disecada que tenían en la sala, y comía las delicias de su horno y cocina, entonces de leña, obligado siempre a degustar una copita de rompope elaborado por ellas mismas.

Volviendo a nuestro viaje, el camión salió de Jerez y en el entronque a Susticacán se acabó el pavimento. La carretera era de terracería y se levantaba mucho polvo que se colaba por hendiduras y ventanillas mal cerradas. Se detuvo un momento en Tepetongo, allí se acercó don Pepe Reveles a entregar un recado para el Presidente Municipal de Monte Escobedo y aprovechó para platicar con mi abuelito. Seguimos hasta pasar por los profundos columpios de la ex hacienda de Víboras y llegar a Huejúcar. Allí, en la Plaza, había una expendedora de gasolina, de las que le bombeaban a llenar un gran garrafón de vidrio con graduación en litros. Lo llenaron a tope y descargaron el contenido por gravedad al tanque del camión. Mientras tanto, bajó y subió pasaje. Por las ventanillas se acercaban un vendedor de tortas y otro de semillas de calabaza tostadas.

Por fin salimos de Huejúcar por un largo callejón empedrado rumbo a Monte Escobedo, el camino resultó ser de doble rodada. Entre sementeras de maíz, cruzando arroyitos sin puente, pasamos Las Bocas y al cabo de un ratito el Güero don José dijo en voz alta: "¡Agárrense bien y cuiden sus bultos, va a empezar la Cuesta de Santa Inés!"

El camino perdió su horizontalidad y comenzó a empinarse cada vez más. Rodábamos sobre lajas y pedruscos. Luego iniciaron las curvas. En una muy pronunciada y empinada, las llantas traseras empezaron a patinar en la tierra seca y polvorienta. Por más intentos y acelerones, no se salía del atasco. Don José puso el freno de mano, dejó la marcha en neutral y ordenó que todos se bajarán. "¡Que las mujeres y niños se alejen y los hombres a empujar!" Dijo con voz de mando. Juan fue el



Sin título

primero en descender y empezó a buscar y colocar dos enormes pedruscos en sendas llantas traseras. Los señores empezaron a empujar y don José a acelerar. La polvareda era enorme y el Chato empezó lentamente a avanzar hasta salir de aquel atolladero. Se detuvo para que la gente pudiéramos subir, todos empolvados pero muy contentos de reanudar el viaje.

Pronto llegamos a la cumbre. Era La Mesa de María de la Torre, una bella y extensa llanura, donde el camino de tierra se volvió terso, con zacate al centro de las rodadas. El Chato tomó velocidad y sólo se detuvo en un cruce de caminos donde unos rancheros esperaban a otros que iban a bordo. Estos bajaron y continuamos.

De pronto se divisó adelante un río caudaloso. Había llovido en la sierra y bajaba mucha agua. No había de otra más que entrarle, pero antes quitaron la banda del abanico del radiador para evitar levantar agua y mojar bujías y distribuidor. Despacio, con aceleración constante, se hundieron las llantas en el agua, que al chocar en el camión llegaba casi hasta mi ventanilla. Brincando seguramente sobre piedras arrastradas por la corriente, nos bamboleábamos de un lado para otro. Las mujeres rezaban y gritaban

Jerez el de López Velarde, Eugenio del Hoyo Cabrera 1949, 1956, 1988 pp. 9 y 92

jaculatorias como: “¡Santo Cristo, Santo fuerte, Santo inmortal ayúdame en esta necesidad!”. “¡Ave María Purísima!, ¡Sagrado Corazón de Jesús!, ¡San Pascual Bailón, bendice a este camión!” y otras más, aumentando el miedo en los menores.

Por fin vadeamos el río que luego supe era el de Santa Teresa, y la ranchería que se avistaba a la izquierda era Huejuquilla de los Márquez.

Al salir de la Mesa de María de la Torre subimos la Cuesta de Santa Teresa, más corta y menos empinada que la de Santa Inés y entramos en la Sierra de Monte Escobedo. Olor a pino y a encino, llena de robles, cedros, madroños y arbustos de manzanilla, con sus bellos y retorcidos troncos de lisa y brillante corteza gris rojiza.

Al pasar sobre un guarda ganado de añejos troncos, cruzamos un largo lienzo de piedras y me dijo mi abuelito que esos ya eran terrenos de “La Providencia”. Luego en un cruce de veredas dijo que por allí a la izquierda se llegaba al casco del rancho y a la derecha al Salto, límite de su propiedad. No sabía que mi abuelito días antes había mandado recado al encargado de La Providencia, Miguel

Olague, para que al día siguiente nos llevara caballo y burro al corral de Trini Berúmen.

Al salir del bosque empezaron a aparecer los sembradíos de maíz, los lienzos de piedra y algunos corrales con animales. El Camposanto a la derecha. Ya se divisaba el poblado y de pronto al cruzar un puente, allí estaba Monte Escobedo, a la vera del arroyo del Salto. Don José accionó el claxon varias veces y empezaron a salir chiquillos de todas partes que corrían alegres junto al camión gritando y saludando con sus manos alzadas al pasaje.

Entramos por la calle que va a la Ermita. Mi abuelito me señaló a la izquierda la casa donde nació mi mamá. En la primer esquina apareció la plaza, doblamos a la derecha y en la siguiente esquina después de un pequeño quiebre dimos vuelta a la izquierda. El Chato se detuvo frente a una casa con portales y la muchachada también. Sin dejar su jolgorio, rodearon al camión. Se acercó el famoso Varo con sus seis dedos en cada mano, para ayudar a descargar bultos y huacales. Era el fin del viaje. La casa de huéspedes de Trini Berúmen Briones, hija de don Ciriaco, el dueño de la Ciudad de Londres, y sobrina de mi abuelito, don Miguel.



Susurro de corriente